

LA IGLESIA EN CUBA HACIA EL AÑO 2000

Marzo 1999

En 1996, el Papa Juan Pablo II sorprendía al mundo convocando a todos los hombres y pueblos para celebrar el año 2000 como un «gran año jubilar», es decir, un tiempo que llene de júbilo a la humanidad por el acontecimiento único en la historia que vamos a conmemorar: el nacimiento de Jesús de Nazaret en Belén de Judá.

La sorpresa estriba en el modo de celebración que propone el Papa al considerar que no puede hacerse una conmemoración festiva de la encarnación del Hijo de Dios sin una decisión firme de sanar los males del mundo. Por eso, el Santo Padre invita a acciones concretas de reconciliación entre seres humanos y entre pueblos, y también entre los cristianos de diversas confesiones y entre todas las grandes religiones del mundo, especialmente las que creen en un solo Dios: los judíos, los cristianos y los musulmanes.

Pero también invita el Papa a la Paz, al cese de las guerras, a emplear los enormes fondos que las naciones gastan en armamentos en el desarrollo de los pueblos más pobres del planeta, a combatir el hambre y las enfermedades y no a combatirse unos a otros. Pidió el Santo Padre que los países económicamente poderosos perdonen, o al menos alivien, las deudas de los países pobres durante el año jubilar.

Quiso, además, Juan Pablo II que la Iglesia preparara la llegada del Tercer Milenio de la era cristiana con un renovado esfuerzo misionero que lleve a los corazones de mujeres y hombres de hoy un renovado deseo de conversión personal, porque sin la transformación radical del ser humano en su interioridad no hay verdadero cambio social en el sentido del bien, de la justicia, de la libertad y de la paz

El primer objetivo que persigue la Iglesia con la nueva evangelización es propiciar a todos los hombres y mujeres del mundo un encuentro con Jesucristo, que nos sale al paso a cada uno de nosotros para invitarnos a revisar nuestros criterios, a tomar en mano nuestra vida y, si es necesario, a cambiar el rumbo de nuestro andar.

Evangelizar no es, ante todo, emitir juicios éticos severos sobre la conducta de los hombres. «*Yo no he venido a condenar, sino a salvar*», dijo Jesús. La evangelización no es tampoco un empeño en atacar verbalmente las estructuras injustas, fustigando los males sociales. Como dijo el profeta acerca del Mesías, «este no voceará, no gritará por las calles». Si bien el mal debe señalarse, la fuerza del Evangelio está en proponer caminos nuevos y para esto debemos ponernos seriamente en la escuela de Jesús, que nos dice: «*aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón*». Evangelizar no es únicamente mover los corazones humanos para que hombres y mujeres lloren sus pecados, sino sobre todo llevarles la alegría de saberse salvados, *porque hay más alegría en el cielo por un solo pecador que cambia de vida que por noventa y nueve hombres buenos que no necesitan arrepentirse*», nos dice Jesús.

El mensaje cristiano es constructivo y alentador, comunica la esperanza, propone con humildad soluciones a los males, levanta el ánimo del pecador con la alegría de saberse perdonado.

Este es el programa evangelizador de la Iglesia en nuestra Arquidiócesis para preparar el próximo año santo jubilar: levantar en alto la cruz de Cristo como signo de

perdón, de reconciliación y de esperanza. así lo haremos en la gran misión diocesana que llevará la imagen del Crucificado a todas las iglesias y capillas de la Arquidiócesis. Al fijar nuestros ojos en la cruz tendremos el testimonio vivo y patente del amor que nos ha dispensado Dios nuestro Padre por medio de su Hijo.

Ya a las puertas del Tercer Milenio de la era cristiana, en este año 1999 en el que la Iglesia nos invita a descubrir los insondables tesoros de amor y de misericordia que hay en Dios, debemos pedirle a Jesucristo, el Hijo amado del Padre, que nos lo muestre, pues Él solo puede hacerlo y así nos lo dijo: «*Nadie va al Padre sino por mí*». El lema de nuestra misión diocesana será una súplica constante: «*Jesucristo, muéstranos a Dios Padre*».

Solo cuando descubrimos que Dios es el Padre de todos despertamos a una fe lúcida, nos hacemos capaces de sembrar esperanza y nos ponemos en condiciones de vivir una verdadera fraternidad, al reconocernos como hermanos, no como individuos solidarios por pertenecer a una misma especie, sino por ser hijos del mismo y único Dios Padre.

Evangelizar es proponer caminos de fe y esperanza, pero es también sembrar amor en nuestros hermanos, en los diversos ambientes donde ellos viven, y propiciar iniciativas concretas que testimonien ese amor y lo hagan actuante. Jesucristo nunca separó el anuncio del Reino de Dios de su preocupación concreta por las dolencias de los hombres, por sus males físicos y morales, por sus necesidades. Lo mismo expresaba su sentimiento de pena por la multitud que vagaba como ovejas que no tienen pastor, que comunicaba a los discípulos su preocupación por el gentío que lo seguía y que no tenía nada de comer. Jesús, y del mismo modo su Iglesia, miran al hombre en su integridad de ser físico y espiritual y la manera de mostrarle el amor es, en múltiples ocasiones asistiéndolo en sus requerimientos de orden material y humano. Nunca pueden separarse evangelización y promoción humana, porque esto sería la negación del mismo contenido del Evangelio.

En este año del Padre en que todos los católicos reflexionamos en nuestra condición de hijos de Dios y hermanos de todos los hombres, el amor al prójimo tendrá en nuestra misión diocesana tanto peso como el anuncio del amor que Dios Padre nos ha manifestado en Cristo. En cada parroquia, en cada comunidad, por pequeña que sea, deben ampliarse los esfuerzos que ya existen o tomarse las iniciativas nuevas que puedan aliviar o sostener a ancianos, enfermos habituales, grupos desfavorecidos que vienen hacia el occidente del país en busca de mejor fortuna, personas solas que se sienten marginadas u olvidadas. Son tantas las cartas que recibo de cualquier parte de La Habana y de Cuba pidiendo lo mismo un andador para una anciana que se fracturó la cadera, como un par de espejuelos, o ayuda alimentaria, especialmente para niños o ancianos con regímenes dietéticos especiales o que tienen una dieta insuficiente... La pobreza es un mal que no es fácil de combatir y es un fenómeno de escala mundial. Siempre viene a mi mente la misteriosa frase de Jesús: «*a los pobres los tendrán siempre entre ustedes*». En efecto, siempre habrá un hombre más pobre que otro, pobre en recursos, disminuido física o intelectualmente, pobre en simpatía, o en afecto, adicto al alcohol, traumatizado por la vida misma.

Cuando la imagen de Cristo crucificado pase entre nosotros nos recordará que cada vez que dimos de comer o de beber a los pobres de nuestro barrio o de nuestro pueblo, cada vez que los visitamos en sus enfermedades y en sus miserias, se lo hemos hecho a Él y que el lamentable estado de Jesús en la cruz tiene que ver con el

olvido y la desatención al prójimo. Cada vez que no hemos atendido a nuestros semejantes lo hemos maltratado a Él.

Algunos cuestionaron en su momento el quehacer de Madre Teresa de Calcuta recogiendo a los pobres moribundos de las calles, alimentando a los niños famélicos de los barrios más miserables. Le imputaban que así no podía acabar con la miseria del mundo Y ella respondió: *muchos gastan sus fuerzas en gritar la pobreza que hay en el mundo, yo las gasto en atender al pobre concreto que tengo delante. Ese es uno menos*. Es válida esa manera de luchar contra la pobreza. Mientras el mundo no encuentre un nuevo orden económico justo y humano, mientras existan restricciones económicas y bloqueos, estamos obligados a atender al pobre que está a nuestro lado. Es bueno también conocer y poner en práctica los principios y recomendaciones de la Doctrina Social de la Iglesia, es necesario, al mismo tiempo, que los trabajadores luchen por su dignidad y por salarios justos, es imprescindible encontrar nuevas fuentes de energía y aumentar la producción de la tierra, pero mientras tanto los hombres nacen y mueren en la pobreza y están tirados en tu puerta como el pobre Lázaro y nadie se da cuenta. Mientras haya pobres siempre habrá un pobre concreto que se cruza en tu camino y no lo podrás evitar. Si eres cristiano ya conoces el nombre de ese pobre, se llama Jesús.

Entre las iniciativas de nuestras parroquias e iglesias para asistir a los pobres están las de servir en sus salones parroquiales un almuerzo cada día o cada tercer día a los ancianos más desvalidos, sin ningún apoyo familiar, está el plan de apoyo a la tercera edad de Cáritas, dando una modesta cantidad de alimentos a los ancianos y enfermos habituales más necesitados, están las bolsas comunes de medicamentos, donde se depositan medicinas que han sobrado a las familias, a las cuales se suman otras que envían los católicos desde el extranjero y se distribuyen a los enfermos con la ayuda de profesionales cualificados, están las lavanderías parroquiales donde se lavan las ropas de cama y prendas de vestir de ancianos y enfermos, hay personas que van a limpiar las casas de otras personas incapaces de hacerlo por sí mismas... En fin, hoy no encontramos casi una comunidad cristiana que no tienda su mano a los hermanos más desfavorecidos y todo esto se hace por medio de un voluntariado activo y diligente. Este trabajo hay que consolidarlo y ampliarlo aún más en este año de la caridad, en este año del amor que es el año del Padre.

Ya en el nacimiento de la Iglesia en los Hechos de los Apóstoles, la comunidad cristiana aparece predicando el Evangelio y atendiendo a los pobres al mismo tiempo. Esto le es consustancial a la Iglesia y se repite a través de los siglos y en todo el mundo. La vocación de servicio al hombre y a la sociedad, que ha identificado e identifica siempre a la Iglesia, debe ser comprendida cada vez más cabalmente por las autoridades municipales, provinciales y nacionales de nuestro país. La Iglesia debe ser ayudada en esta tarea humanitaria de orden social y esperamos que, sin reticencias ni recelos, podamos realizar cada vez mejor nuestra misión caritativa en la sociedad.

La Iglesia brinda su apoyo a los más débiles y necesitados a través de Cáritas y no pretende con ello ser un competidor del Estado, ni un organismo paralelo a otras instituciones estatales, sino solo servir al ser humano con y por amor, siguiendo el mandato de Jesús, que con respecto al amor nos dijo: *«les he dado ejemplo para que también ustedes hagan lo mismo»*.

Ni en la misión preparatoria del año 2000 ni nunca, puede la Iglesia separar el anuncio del amor que Dios Padre nos tiene del amor concreto a los hermanos, especialmente a los más necesitados. Armados así de la fe y del amor cristiano, los

invito a todos, queridos habaneros, a participar activamente en esta gran misión que prepara la celebración del Jubileo del año 2000.

Que Dios Padre bendiga a todos los que con tanto amor dan sus esfuerzos, su tiempo, su experiencia y su entusiasmo a esta misión. Yo los bendigo con gratitud y afecto en nombre del Señor.